CAPITULO XXII.

CASA DE LAS VESTALES.—EL ESCLAVO Y MARCIO.—PROYECTO INFAME.

Crémes, el esclavo de Diómedes, marchaba á paso precipitado y sin detenerse.

Al llegar á la *Calle Domiciana*, se paró un instante mirando las casas, y en seguida se dirijió á una, delante de la cual se detuvo.

Crémes la examinó un instante.

La casa que tenia á la vista, se componia, como se ve actualmente, de dos habitaciones distintas, situadas en escuadra, comunicando entre ellas, y que indicaba pertenecer á dos familias, unidas por el parentesco ó la amistad.

La habitacion mas pequeña, tenia, y tiene entrada por la vía Domiciana, que era por la que el esclavo habia ido, y se ve adornada de cuatro medias columnas, revestidas de estuco.

En medio se presenta el *prothyrum*, zaguan de las casas principales, flanqueado de dos salas con pavimento de mosaico, abriendo sobre la calle y sobre el *atrium*, y sirviendo de vestíbulos.

En la de la derecha habia un banco de piedra que se conserva en el mismo sitio, y en la de la izquierda una pintura representando un *Fauno descubriendo una ninfa dormida*, asunto reproducido muchas veces en Pompeya.

La casa que examinaba Crémes era la misma cuyas escavaciones se hicieron en 1769, y que hoy se enseña con el nombre de *Casa de las Vestales*, sin que ciertamente le corresponda este nombre, pues nada se encontró, ni hay en ella que justifique esa denominacion.

—Aquí es—dijo para sí el esclavo, y penetró en la casa.

El atrium ó patio, que es de órden toscano, tenia, como tiene hasta el presente, el pavimento de mosaico negro, sembrado con regularidad de cubos blancos, y rodeado de tiras blancas. En medio se descubre el *compluvium* ó cisterna, guarnecida de labores de mosaico blanco y negro. A la izquierda muchos y preciosos cuartos, y en el fondo un *tablinum* ó gabinete en que se guardaban las escrituras.

Lleno de gracia y sencillez se destacaba, como se destaca despues de mas de 18 siglos, un corredor que daba entrada á varias piezas y á un vestíbulo sobre el cual se abren las puertas de un pequeño *œcus* ó gabinete, y á varios dormitorios, en uno de los cuales se veia una pintura representando *Páris y Helena.*

Crémes notó que habia á la izquierda un corredor que unia las dos habitaciones, y temiendo dirijirse á una en vez de á la otra, esperó á que se presentase alguno.

Un esclavo se dejó ver á pocos momentos.

—¿A quién buscais?—le preguntó.

—Al primo de mi ama Eutima; á Márcio.

—Seguidme.

Crémes siguió al esclavo que le condujo á la otra habitacion.

Al penetrar en ella vió sobre el umbral del patio un precioso mosaico con la palabra *SALVE*, y á los lados del expresado patio dos piezas pavimentadas en mosaico, una de las cuales presenta en el umbral dos serpientes negras entrelazadas.

—Esperad aquí—dijo el esclavo á Crémes.—Voy á avisar á mi amo.

—Está bien.

Crémes esperó un instante.

Trascurrido este, se presentó Márcio.

—¿Tienes prisa?—le preguntó Márcio.

—No señor.

—Entonces entra tras de mí, que no quiero que nos vean hablar juntos.

—Os sigo.

Márcio, seguido de Crémes, cruzó un corredor que da á varias piezas y á un baño: pasó una puerta, cuyo umbral de mármol blanco se ve adornado de cabezas pequeñas de leon, y se detuvo en un peristilo cuadrilátero, irregular, rodeado de catorce columnas de órden compuesto, reunidas en su base por una balaustrada, bajo cuyo pórtico se descubren algunas bellas pinturas representando diversos animales, lobos, ciervos, tigres, leones, cabras y rengíferos, saliendo hasta medio cuerpo de en medio de flores gigantescas, así como muchas esfinjes agachadas que parecen servir de cariátides. En los tableros formados en la pared, se descubren algunos héroes presentados en camafeo amarillo, y encima medallones representando peces, crustáceos y aves. En el centro del área se nota un espacioso estanque, dividido en dos partes desiguales: la mas pequeña servia de baño, como lo indican aún las gradas por donde se desciende; la otra alimentaba el agua de una fuente monumental.

Márcio hizo alto, como he dicho, en este peristilo.

Crémes, que le seguia, se detuvo tambien.

El primo de Eutima miró si álguien los observaba, y cerciorado de que estaban solos, le dijo:

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche.

—¿Has logrado saber algo?

—Todo, señor.

—Habla.

—Fuí á Miseno, en observacion de Glauco, como me encargásteis.

—¿Y bien?

—Plinio ama á Eutima.

Un gesto de disgusto se pintó en el rostro de Márcio, y exclamó con ira:

—¡Oh!..... no me engañaba.

—Pero vuestra prima ignora que es el objeto de esa pasion.

—¿Estás persuadido de ello?—dijo con manifestacion de alegría Márcio.

—Segurísimo.

—¿Cómo?

—He oido, sin ser visto, la conversacion que Glauco y Plinio tuvieron sobre ese asunto en Miseno.

—Bien.

—Eutima no sabe que Plinio le ama.

—Me das una buena noticia.

—Pero Plinio sí sabe por Glauco, que vuestra prima puede amarle, si es que no se ha persuadido ya de que le ama.

—¿Se lo habia escrito antes?

—No señor: nada sabia hasta la llegada de Glauco.

—¡Fatal visita!

—Glauco le hizo saber que Ione, con quien Eutima ha hablado varias veces de Plinio, le ha confiado el secreto de vuestra prima.

Marcio rechinó los dientes, y exclamó:

—Pues es preciso que nunca lo sepa de los labios de Eutima, ni que esta escuche de Plinio el amor que hoy le oculta.

—Pero ¿cómo?

—¿Estás dispuesto á servirme?

—Como siempre.

—¿Tienes amigos de confianza y de secreto que te ayuden en una empresa?

—Tengo. ¿De qué se trata?

—De arrebatar á Eutima del lado de su padre, y de ocultarla á los ojos de todo el mundo.

—¡Ah!..... Lo que hicísteis en Roma con.....

—Lo mismo.

—Es lo mejor.

—No puedo permitir que venga nadie á arrebatarme su hermosura y sus riquezas.

—Teneis razon, y un rapto lo compone todo.

—Un rapto que se crea ejecutado por otro; en que mire arrebatar su virtud sin sospechar que soy yo quien se la quito, y presentándome despues como su salvador, arrancándola del poder de los raptores.

—Pero ¿cómo podreis empañar su honra sin que llegue á conoceros?

—Presentándome en el subterráneo á que será conducida, cubierto con un antifaz, en medio de la noche, sin luz ninguna, y fingiendo esa robusta voz que tú mismo sueles admirar.

—Perfectamente.

—Cuando se vea libre y se juzgue salvada por mí; cuando comprenda que no puede levantar pura y erguida su frente para ser la esposa de Plinio; cuando, en una palabra, se considere sin cualidades para unirse al sér que idolatra, y vea en mí un amante solícito, invariable, que aspira á su mano, entonces, mas humana y menos orgullosa, se unirá á mí.

—Y sereis dueño de la muger mas hermosa de Pompeya, á la vez que de la mas rica.

—Riquezas que me servirán para recompensarte liberalmente, sin descuidarme de que se te dé la libertad. Es decir, que serás liberto y con lo necesario para vivir decentemente.

—Decidme qué debo hacer.

—Ya sabes que Eutima vá un dia de la semana á visitar á una familia de pescadores, pobre y enferma, que vive fuera de la *Puerta de la Marina*, á la cual socorre y proporciona todos los recursos necesarios.

—Lo sé perfectamente.

—Solo suele acompañarla una esclava anciana, con quien suele volver á Pompeya á la caida del sol, casi cuando empieza á oscurecer.

—Nada de eso ignoro.

—Pues bien, el sábado es el dia que acostumbra hacer esa visita, y es preciso que en vez de volver á la casa de su padre, vaya á otro punto algo retirado de la ciudad que ya tengo dispuesto de antemano.

—Comprendo.

—Para realizar mi deseo, es preciso que tus amigos estén ocultos tras de unas peñas que se hallan junto al camino, y que saliendo de ellas con los rostros cubiertos, se apoderen de Eutima, le tapen con un lienzo la boca para que no dé voces, y que la conduzcan al sitio que tú les indicarás.

—Y ese sitio es.....

—El que tú solamente conoces, y que está en lo mas espeso del Vesubio.

—Corriente.

—Marcha, pues, á ponerte de acuerdo con los amigos que juzgues mas á propósito.

—¿Y qué se ha de hacer con la esclava?

—Detenerla con los ojos vendados mientras se alejan los demas con Eutima.

—¿Y luego?

—Dejarla libre para que vaya á casa de su amo Diómedes á contar el suceso; yo que estaré á propósito en ella, fingiré terrible indignacion, y saldré furioso en busca de los raptores, seguido de todos los esclavos.

—Perfectamente. ¿Y yo?

—Tú estarás, en tanto que se ejecuta el rapto, en el sitio á donde Eutima ha de ser llevada, y salirte de él sin que te vea.

—Todo se ejecutará como deseais.

—Vete, pues.

Crémes salió de la casa para dirigirse á la de un amigo suyo, en cuyo valor y prudencia confiaba.

Marcio, acariciando el proyecto que habia concebido, se dirigió á una de las piezas que rodeaban el peristilo.

Era, como es hasta el dia, una graciosa estancia que daba espalda al *atrium*, cuyo pavimento pretentaba un gracioso laberinto en mosaico blanco y negro, parte del cual se conserva perfectamente.

—¿Quién era el que te buscaba?—le preguntó la respetable señora que vimos entrar una vez en el cuarto del padre de Marcio para servirle una medicina.

—Un esclavo de Diómedes, madre mia.

—¿Y qué asunto te comunicó? ¿Algo bueno de tu prima?

—Nada de eso: solo venia de parte de Diómedes á saber cómo sigue mi padre.

—¿Y le has dicho que igual?

—Sí, señora.

—El pobre sufre mucho.

—Y vos tambien, porque le veis padecer.

—Marchemos, hijo mio, á nuestro larario, á pedir á nuestros dioses que le vuelvan pronto la salud.

—Vamos.

Marcio y su excelente madre se dirigieron hácia dos piezas de la casa que estaban en el fondo del peristilo.

Una de ellas era la vasta exedra, que hoy llama la atencion del viagero, rodeada de asientos, con pavimento de mosaico; la otra un santuario (*sacrarium*), en medio del cual se elevaba, como se eleva al presente, un altar en honor de las divinidades, cuyas imágenes ocupan tres nichos, en forma de conchas, y embutidos en las paredes.

Tal vez la vista del expresado altar y de los nichos dió motivo á creer que aquello habia sido un lugar habitado por las vestales, dándole por tanto, al descubrirlo en 1769, el nombre de *Casa de las Vestales*.

Pero, como he dicho, este nombre no le correspondia, y los lararios con imágenes existian en todas las casas de Pompeya.

Marcio y su amorosa madre se acercaron al altar.

La segunda pidió á los dioses la salud de su esposo.

El primero tenia el pensamiento fijo en el plan que habia meditado, y no podia estar tranquilo.

De repente dejó su actitud de recojimiento, y se dispuso á salir.

—¿Te vas, hijo mio?

—Sí, madre: tengo un asunto importante que exige que salga lo mas pronto posible

—Bien, no te detengo; pero no te vayas sin ver, sin consolar á tu pobre padre.

—Perded cuidado.

Marcio salió dejando á su buena madre rogando á los dioses en el larario, y se dirigió al cuarto en que se hallaba su padre, postrado en el lecho del dolor.

El leal perro se encontraba echado en el suelo, junto á la cabecera de la cama.

—¿Vienes á acompañarme un instante, hijo mio?—dijo el anciano al ver entrar á Marcio.—¡Cuánto te lo agradezco!..... los dioses te recompensarán este momento que le dedicas á tu pobre padre!..... Vamos, siéntate junto á mí.

—Será despues, padre mio: ahora solo vengo á despedirme de vos: cuando vuelva, consagraré algunas horas á acompañaros.

—Que se haga la voluntad de ellos.

—Acabo de pedirles que os devuelvan la salud.

—¿Les has pedido por mí?.....—dijo enternecido el anciano.

—Hace un instante.

—¡Ah!..... cuánto te agradezco, hijo mio, ese recuerdo..... ese instante que me has consagrado..... ¡Vete!..... ya estoy contento, puesto que me amas.....

Y los ojos del anciano se cubrieron de dulces lágrimas.

Marcio salió de la alcoba.

El enfermo volvió á quedar solo en la estancia.

El perro, acostado en el suelo, le miraba con interés sin apartar la vista de él un solo instante.